

Gorki, en el CDN

"VERANEANTES", EL PROTAGONISMO COLECTIVO

De izquierda a derecha:
Aurora Pastor, Julieta
Serrano, Jeanine Mestre, Miriam
de Maeztu, Santiago Ramos,
Cristina Sánchez Pascual,
Roberto Quintana y Berta
Riaza, en "Veraneantes".



JOSE MONLEON

LOS elementos estaban cuidadosamente elegidos. Pocas gentes de nuestra profesión teatral saben como José Luis Gómez por dónde anda el hilo del teatro moderno. Tenía tiempo, dinero y teatro. Y, encima, se trataba del primer espectáculo del Centro Dramático Nacional en la presente temporada, precisamente con José Luis Gómez como máximo responsable de las producciones del Bellas Artes. La selección de materiales había sido, pues, hecha con sumo cuidado. Por lo pronto, un texto: "Veraneantes", de Gorki. Un texto que ha multiplicado su presencia por los escenarios del mundo desde que lo montó, con enorme resonancia, el alemán Peter Stein. Después, un director: el argentino Carlos Gandolfo, que mostró su talento, hace un par de años, cuando vino a Madrid con "El gran deschave" y dirigió un cursillo para actores en el Instituto Alemán. Con participación decisiva, un escenógrafo: Carlos Cytrinowski, a quien se recurre ya sistemáticamente cada vez que se plantea un espectáculo importante. De Cytrinowski era precisamente la escenografía, hecha aún en Buenos Aires, de "El gran deschave", y de él era también la de "Bodas que fueron

famosas del Pingajo y la Fandanga", que José Luis Gómez dirigió la pasada temporada. Nada, pues, más lógico que la presencia de Cytrinowski en este espectáculo. Finalmente, los actores. Un reparto que unía los nombres de quienes pasan por ser nuestros actores menos estereotipados —Berta Riaza, Julieta Serrano, Eusebio Poncela...— con otros nuevos o casi nuevos para el público madrileño. Aunque muchos de estos nuevos —como es el caso de Janine Mestre, de Santiago Ramos o de Roberto Quintana— tengan detrás un largo trabajo en el campo de los independientes.

El empeño tiene, pues, una carga cultural, una voluntad de rigor, que lo coloca definitivamente entre los trabajos más serios de esta temporada. A menudo, las piezas reunidas alcanzan delicados niveles de expresión, viéndose aquí y allá la maestría de Gandolfo para mover una acción dramática hecha de infinidad de pequeñas y dispersas acciones. A menudo, la escenografía de Cytrinowski consigue multiplicar el espacio y formular plásticamente eso que suele llamarse el realismo poético...

Sucede, sin embargo, que la pieza de Gorki es, a estas alturas,

un teatro ambivalente, en el sentido de mezclar sus valores dramáticos a cierta actitud ideológica profundamente ligada a la época del drama. Con lo cual —y por eso he utilizado la palabra ambivalente— estoy queriendo decir que la obra es mucho más importante si conseguimos situarla en su contexto —1905, etapa de la prerrevolución soviética, en la que el ataque de Gorki a la pequeña burguesía y la defensa de los esquemas marxistas debía producir una viva respuesta— que si la referimos al nuestro, en el que la audacia política de Gorki suena ya, a fuerza de oír las mismas palabras, a mitin, a aplicación de un supuesto ideológico.

La obra, por lo demás, nos recuerda demasiado a Chejov. Y Chejov es, en esta temática y en esta atmósfera, un maestro inigualable.

De los actores sería muy difícil señalar a nadie. Justamente una característica de "Veraneantes" es el protagonismo colectivo, la actitud generalizada de un grupo social, del que Gorki sólo salva a dos o tres rebeldes. La presencia periódica de varios servidores, que colocan los muebles mientras contemplan despectivamente a los veraneantes, subraya

aún más la clarísima intención de la obra: mostrar a una clase social decadente e inmoral —el arte, el amor, el trabajo, todo se vuelve sucio, cruel y estúpido—, de la que intentan desclasarse algunos individuos, todo ello bajo la mirada expectante de la clase trabajadora.

Desde nuestra perspectiva actual, cabría pensar que "Veraneantes" encierra una contradicción. De un lado, es un texto dramático estructurado con una gran complejidad, lleno de pequeños hilos y de observaciones agudas; del otro, es un texto políticamente rectilíneo, panfletario. A la primera de las dos caras debemos, sin duda, la presencia de la obra en el Bellas Artes y los mejores momentos de la representación.

Otra cosa podría aún añadirse: que yo recuerde, en muchos años sólo se ha representado otra obra de Gorki, "Los bajos fondos", bajo la dirección de José Luis Alonso. Y Gorki es, como dramaturgo y por su inserción en un hecho histórico fundamental, un autor que debe formar parte de la cultura teatral del público. En este sentido, la aportación del Centro Dramático Nacional —visto el nivel expresivo alcanzado— está fuera de cuestión. ■